

ALTERNATIVAS EN CONSTRUCCIÓN EN NUESTRA AMÉRICA: ALGUNOS DEBATES Y REFLEXIONES

POR PAULA KLACHKO

Nos proponemos reflexionar de manera general, intentando huir de la estrecha coyuntura –muy delicada en algunos casos-, acerca de la caracterización de los procesos de cambio revolucionarios o progresistas, sus tiempos y condiciones, los proyectos de sociedad que están en juego, en transición y en pugna, en las propias construcciones y en los debates que se originan al calor de este intenso momento en Nuestra América. Para concluir elaborando disparadores que pudieran servir para abrir nuevas preguntas.

Como marco contextual del análisis de estos procesos en América Latina debemos primero señalar que el capitalismo, sistema que nos engloba y oprime planetariamente, se encuentra en su fase de descomposición. No solamente porque el desarrollo de las fuerzas productivas ha entrado en contradicción -hace tiempo- con las relaciones sociales de producción, que de ser su palanca se convirtieron en su freno (en el sentido de la potencialidad histórica que tienen de resolver los problemas de la humanidad y del planeta) o desarrollo desquiciado, sino porque, como lo explica Nicolás Iñigo Carrera, en las últimas décadas el capitalismo ha dado muestras de la incapacidad para garantizar la reproducción de la vida de un volumen importante de la población, en condiciones consideradas socialmente “normales”. De allí la caracterización del momento, más allá de los intentos por frenar la tendencia y paliar sus efectos, como de descomposición capitalista. La expansión del capitalismo es también su descomposición claramente manifiesta en el crecimiento de una población sobrante para las necesidades del capital. Pero descomposición no es sinónimo de desaparición ni de caída: la descomposición de una forma de organización social remite a la dificultad de su reproducción en las relaciones que le son propias y puede durar siglos.

Cualquier proyecto o tentativa que plantee el cambio social debe ser analizado, entonces, en este contexto de un capitalismo que aun cuando se desarrolla y expande, lo hace ya entrado en su fase de descomposición.

Vamos a partir de la caracterización general realizada por Atilio Boron, en su libro América Latina en la geopolítica del imperio , que se centra en diferenciar, dentro de los países sudamericanos progresistas, a los países con gobiernos moderados de “centroizquierda” como la Argentina, Brasil, Uruguay y Chile

(orientación que se abandona con el gobierno de Sebastián Piñera y que después se retoma supuestamente con el nuevo gobierno de Bachelet), que no han manifestado intenciones de avanzar hacia un horizonte poscapitalista, de los que sí lo han hecho: Venezuela, Bolivia y Ecuador.

Entre estos últimos, es tal vez el caso de Venezuela aquel en el que se han llevado a cabo más intensamente en cantidad y calidad cambios sociales en el camino que denominan de transición al socialismo, en parte por haber sido el primero de estos procesos desplegados en la región desde diciembre de 1998. Al menos 6 años antes que en Bolivia asumiera el gobierno popular y 7 antes que en Ecuador. Aunque el proceso de cambio social en Venezuela se ha empantanado a partir de la muerte del comandante Chávez.

En el año 2004, la Revolución Bolivariana proclamó su carácter antiimperialista y en el 2006 se definió como socialista. Como expresaba el Comandante Hugo Chávez, en el importante documento “Golpe de Timón”, los venezolanos no quieren permanecer en el ámbito del capitalismo, y se proponen construir y cimentar las bases del socialismo bolivariano del siglo XXI “para desmontar el inhumano, depredador y belicista sistema de acumulación capitalista”. Para trascender la lógica del capital que lo sustenta, define, es determinante el desarrollo de la propiedad social sobre los factores y medios de producción básicos y estratégicos.

Solamente basándonos en estas definiciones, podríamos decir que dichos cambios y posicionamientos estratégicos remiten a lo que, en términos gramscianos, se denominan movimientos orgánicos de la sociedad, mientras que en los países que han andado el camino de los cambios moderados, sus propias limitaciones más las disputas y obstáculos a que los somete la oposición de derecha, los repliega al ámbito de los movimientos coyunturales que refieren a la “mezquina crítica” de la vida cotidiana, del corto plazo, con algunos valientes pasos en dirección estratégica alternativa. El “Programa del Candidato de la Patria. Comandante Hugo Chávez” (que se ha convertido en el “Plan de la Patria. Programa de Gobierno Bolivariano 2013-2019”), aborda aquellos elementos que deben transformarse en ese movimiento orgánico de la sociedad venezolana para la construcción del socialismo, y en ese sentido las transformaciones y avances en Venezuela serán más irreversibles que en los países progresistas moderados.

En las nuevas constituciones, sobre todo de Bolivia y Ecuador pero también en Venezuela, se ha adoptado la concepción del “Sumak Kawsay”: buen vivir, o vivir bien, que postula una relación entre sociedad, individuo y medioambiente antagónica a la de la modernidad capitalista. En ellas el medioambiente se presenta como Madre Tierra y es sujeto de derecho. El avance popular en materia de derechos se plasma en esos textos en el reconocimiento de la

perspectiva de género, la recuperación del papel de la mujer en la historia, de la historia de los de abajo, de las clases subordinadas y sus luchas, así como el reconocimiento de los pueblos originarios en todos sus derechos, y de los trabajadores y el pueblo en general.

Sin embargo, Venezuela (como también Bolivia y Ecuador) no carece de enormes obstáculos internos y externos al proceso revolucionario. Existe, como explica Javier Biardeau, una fuerte disputa al interior del gobierno venezolano – agudizada luego de la muerte del comandante- entre los sectores reformistas-desarrollistas en el seno de la dirección del proceso y los sectores revolucionarios. Para él, el asunto estriba en cómo dirimir las tensiones internas que suponen las relaciones entre un proyecto nacional-bolivariano y un proyecto anti-capitalista. Vemos, en cambio, que en el caso de los gobiernos de centroizquierda moderados de la región no está en discusión el segundo elemento.

Ese debate estratégico instalado desde hace un tiempo en Venezuela, se ha frenado en los momentos en los que el terrorismo de derecha provoca y genera la prioridad de los distintos sectores del chavismo de unirse en su contra, como lo fue la reciente rebelión de los ricos entre febrero y abril de 2014, pero que siempre vuelve a aparecer, con renovados bríos, incluso cuando el proceso revolucionario ha entrado en su fase más compleja con la actual guerra económica desplegada por la clase aún dominante.

Desde algunas corrientes situadas a la izquierda del chavismo (como la Corriente Marxista y Marea Socialista, entre otras) afirman que en líneas generales, la política económica del gobierno está guiada por tesis reformistas y específicamente por la teoría de las dos etapas (desarrollar el capitalismo para luego construir el socialismo), aunque intentan, a través de lo que consideran crítica constructiva, aportar posibles caminos para retomar la senda del socialismo.

Por otra parte, en sentido también crítico y constructivo, afirma Biardeau que se estaría produciendo cierto “sustitucionismo” en tanto que el estado es ocupado por quienes hablan “en nombre de” la transición al socialismo y en nombre del bloque social de los explotados y oprimidos, pero no constituyen esa clase social, sino una especie de burguesía de estado parasitaria. El poder popular organizado y movilizad en lucha (obrero, campesino, estudiantil de las universidades estatales, pobladores, indígenas, mujeres, de diferentes fuerzas insurgentes, del intelectual colectivo revolucionario) controlando y dirigiendo el Poder del Estado, es para el autor, la premisa política inmediata para la transición socialista. En el documento mencionado, “Golpe de Timón”, Chávez criticaba con énfasis la falta de profundización y extensión del poder popular.

En Bolivia se han planteado encontrar una vía democrática a la construcción de un socialismo de raíces indígenas, lo que llaman “socialismo comunitario”, que, en palabras de Álvaro García Linera recoge los ámbitos de la modernidad en ciencia y tecnología, pero también los ámbitos de la tradición indígena y proletaria en asociatividad, como horizonte. Sin embargo, agrega que “un gobierno no construye socialismo, el socialismo es una obra de las masas, de las organizaciones, de los trabajadores”. Solamente una sociedad movilizadora que tenga la habilidad de irradiar, defender y expandir y de tener formas asociativas comunitarias, modernas y tradicionales, de toma de decisiones de producción de la riqueza y de distribución de la riqueza, puede construir esa alternativa socialista comunitaria. El rol del gobierno popular sería el de apuntalar, fomentar, respaldar, empujar ello, pero la obra del socialismo comunitario tendrá que ser de las propias comunidades urbanas y rurales que asumen el control de la riqueza, de su producción y de su consumo. Aunque agrega que cualquier alternativa postcapitalista es imposible a nivel local, sino que tiene que ser una obra común, continental y planetaria.

Si hay algo que define a los gobiernos progresistas y al nuevo rumbo que ha tomado gran parte de América Latina es la soberanía que se ha adquirido frente al imperialismo. Las nacionalizaciones de empresas estratégicas, sobre todo en aquellos países que más han avanzado en este sentido, constituyen la base material de esta soberanía y la posibilidad de la autodeterminación de los pueblos.

Sin embargo, varios autores de la academia y referentes de algunos movimientos sociales o corrientes políticas de izquierda (algunas de las cuales están incluso alineadas a los gobiernos) no consideran que esté en juego la construcción del socialismo en ninguno de estos países. Es el caso por ejemplo de Raúl Prada Alcoreza y Guillermo Almeyra respecto de Bolivia, para quienes la tendencia al capitalismo de estado es lo que prima. En palabras de este último, lo que habría en Bolivia no es un socialismo comunitario sino un régimen burgués sin burguesía que lo respalde. Un capitalismo de Estado, neodesarrollista y extractivista. Álvaro García Linera en reiteradas ocasiones ha negado el carácter de la transición boliviana como de capitalismo de estado, en tanto los excedentes se utilizan para necesidades sociales, y por ello constituyen valores de uso. Se trataría de centralizar los recursos provenientes de las nacionalizaciones y de las empresas del Estado y de crear una base industrial en el campo de los hidrocarburos, la minería, la agricultura y la electricidad, de manera de generar una riqueza sostenida y de utilizar los recursos del país para mejorar la calidad de vida de los trabajadores, tanto en la ciudad como en el campo.

Aunque ello no atente contra todas las relaciones sociales de producción basadas en la propiedad privada de los medios de producción y la explotación del trabajo humano, constituye un paso en ese sentido, ya que, como cita Marta Harnecker que señala Lenin, “el socialismo ‘no es más que el monopolio

capitalista de estado puesto al servicio de todo el pueblo' y por ello deja de ser monopolio capitalista".

El estado, continúa el vicepresidente boliviano, no se comporta como un "capitalista colectivo" propio del capitalismo de estado, sino como un redistribuidor de riquezas colectivas entre las clases trabajadoras y en un potenciador de las capacidades materiales, técnicas y asociativas de los modos de producción campesinos, comunitarios y artesanales urbanos. "En esta expansión de lo comunitario agrario y urbano, depositamos nuestra esperanza de transitar por el postcapitalismo, sabiendo que también esa es una obra universal y no de un solo país" afirma García Linera.

Es que en un solo país, sabemos por experiencia histórica variada, la contradicción entre ambas existencias sociales, las relaciones capitalistas de producción y "el monopolio de estado al servicio del pueblo" y la expansión de lo comunitario es insalvable e insuperable.

Aun así, alguno/as cuestionan la centralidad que toma el estado en estas experiencias de transformación social, en aparente contradicción con lo que debería ser la profundización de los procesos autonómicos o de poder popular paralelos. Las más radicalizadas de estas críticas nos remiten a una reminiscencia autonomista de los discursos de contrapoder y antipoder que tienen su auge en 2001/2002, que pierden lugar frente al ascenso de gobiernos populares, en tanto se tornan idealistas en relación a la medición de fuerzas para una posible sustitución del estado nacional en medio de la disputa principal contra el imperialismo y sus socios locales. Como si pudiera librarse una guerra –por más solapada que se encuentre- sin un estado mayor conjunto, en este caso centrado en el gobierno del estado. O como si pudieran construirse nichos de libertad en medio de la guerra capitalista.

Sin embargo, el teórico y dirigente de la revolución boliviana actual que ya venimos citando, García Linera, afirma que las formas organizativas comunales, agrarias, sindicales del movimiento indígena contemporáneo, con sus formas de deliberación assembleística, de rotación tradicional de cargos, en algunos casos, de control común de medios de producción, son hoy los centros de decisión de la política y buena parte de la economía en Bolivia. "Hoy, para influir en los presupuestos del Estado, para saber la agenda gubernamental no sirve de nada codearse con altos funcionarios del Fondo Monetario, del BID, de la Embajada norteamericana o europeas. Hoy los circuitos del poder estatal pasan por los debates y decisiones de las asambleas indígenas, obreras y barriales". Lo que considera como "la mayor revolución social e igualitaria acontecida en Bolivia desde su fundación. 'Indios en el poder', es la frase seca y despectiva con la que las señoriales clases dominantes desplazadas anuncian la hecatombe de estos 6 años".

Además de los cauces y mecanismos legales y concretos que se da la institucionalidad revolucionaria en Bolivia para canalizar las decisiones comunitarias y plasmarlas en políticas de estado, y no reservarlas a mero rol testimonial, hay hechos políticos trascendentes en la historia reciente de nuestros países -antes sumisos a las órdenes de los funcionarios de los centros de poder imperialistas- que ponen en evidencia la escucha al pueblo, no sin presiones y luchas por parte de esas bases populares, como fue el caso de las movilizaciones populares contra el “gasolinazo” en diciembre de 2010, frente a las cuales el gobierno responde de forma opuesta a los gobiernos neoliberales -cuya respuesta era la represión y muerte-, dando marcha atrás con la política del aumento del precio del combustible. O la detención del proyecto de construcción de la carretera que pasaría por el TIPNIS.

En cuanto al modelo económico, el vicepresidente lo caracteriza como posneoliberal y de transición poscapitalista, aunque más recientemente se plantea esto último más en forma de un camino que aún no se ha tomado y que hay que definir. Lo estratégico es que se ha recuperado el control de los recursos naturales que estaban en manos extranjeras, para colocarlas en manos del Estado dirigido por el movimiento indígena (gas, petróleo, parte de los minerales, agua, energía eléctrica); en tanto que otros recursos como la tierra fiscal, el latifundio y los bosques, según G. Linera, han pasado a control de comunidades y pueblos indígena-campesinos.

La situación de Bolivia en la actualidad se diferencia de la de Venezuela por la ventaja de gozar de una estabilidad política y económica.

Otra de las críticas a estos procesos de cambios, incluso desde quienes forman o formaban parte de organizaciones sociales y políticas que en un principio estuvieron alineados con ellos, se centra en lo que Atilio Boron ha resumido como el debate entre “pachamamismo vs. extractivismo” . Boron define al pachamamismo como una política radical de conservación de la naturaleza, de su práctica intangibilidad, y como el resurgimiento nostálgico de las potencialidades de una economía familiar/campesina como opción ante las injusticias y depredaciones causadas por el agronegocio. Sin embargo, plantea, este camino conduce a nuestros países al fracaso y a un callejón sin salida frente a la presión del crecimiento demográfico. La soberanía alimentaria en lo inmediato no presenta otra alternativa que utilizar las más eficientes y productivas tecnologías agrícolas que hoy están en manos de las transnacionales.

Incluso algunos directamente proponen la “desmaterialización” de la economía y el “no desarrollo”, pero parecen no advertir los niveles de hambre, desnutrición, enfermedades curables, analfabetismo, precariedad habitacional, entre otros males que nos aquejan. Se pregunta Boron ¿es compatible el “buen vivir” con la escasez y la privación? ¿Tiene sentido construir un modelo sustentable

ecológicamente pero que congele las asimetrías internacionales creadas por el imperialismo que condenan a las masas latinoamericanas a años luz de los niveles de vida de los países que se beneficiaron por siglos de despojo colonial? El pachamamismo es inviable y el extractivismo es insoslayable en el corto plazo, aunque es imprescindible neutralizar sus desastrosos impactos mediante un fuerte control y fiscalización, al tiempo que aplicar una adecuada política tributaria para captar una parte creciente de esa renta, como medidas transitorias en la construcción de una sociedad alternativa.

Justamente, una cosa es cuestionar el devenir destructor, depredador y deformante del desarrollo capitalista, aún más en su fase de descomposición - cualquier organismo puede seguir desarrollándose aún cuando se está pudriendo-, y otra es el necesario desarrollo orientado a mejorar la vida de los pueblos y revertir el arrasamiento capitalista, subsanar sus horrores, sobre todo en los territorios dependientes y ex colonias, que pueden y deben continuar con la organización productiva vigente durante un tiempo para no sumir en el desabastecimiento y el hambre a los pueblos que protagonizan los cambios. Desabastecimiento que, por otra parte, el poder concentrado del capital ya pone en práctica.

En cambio, desde los gobiernos populares se proponen conservar el medioambiente pero también socializar los derechos del acceso al agua potable, electricidad, sistema de transporte, de salud, escuelas, y tecnologías de comunicación e información. “¿Por qué se nos tiene que prohibir eso?” se pregunta el vicepresidente boliviano, y continúa: “se quiere congelar a los bolivianos como núcleos de comunidades protectoras del medioambiente empobrecidas”. Plantea que es necesario un tipo de producción que ya no se sustente en el extractivismo de las materias primas, pero que para ello se necesita un período de transición de unos años para abastecernos de esa capacidad productiva: “nos quieren pedir a nosotros en seis años lo que el capitalismo no ha sido capaz de construir en 500”. En una entrevista a G. Linera realizada por Atilio Boron en 2011, sostiene que ésta creencia de que el buen vivir tendría que significar el congelamiento y suspensión del desarrollo, es una interpretación falsa, ingenua, romántica y encubridora de terribles relaciones de dominación.

La idea fundamental del concepto de vivir bien, explica García Linera, es que incorpora a las ideas clásicas de igualdad y justicia de los comunistas, la noción de convivencia y preservación de la naturaleza, ya presente en Marx, de humanizar a la naturaleza y naturalizar al ser humano. No niega, sino que rescata la herencia de los pueblos indígenas, su manera de entender el cosmos, la vida y la comunidad, pero sin negar tampoco la necesidad de mejorar las condiciones de vida y adoptar tecnologías necesarias para satisfacer básicas y nuevas necesidades, formas de desarrollo y de producción de riqueza que hay que conquistar para lograr ese vivir bien. Ello obliga a diseñar fuerzas productivas no destructivas. Aunque ello sólo puede cabalmente realizarse a escala planetaria.

Afirma Boron que, así como el “socialismo en un solo país” tenía un carácter intrínsecamente contradictorio que lo condenaba al fracaso, ¿podrían países mucho más débiles como Bolivia y Ecuador por sí mismos tener éxito en sus proyectos de refundación civilizatoria en un corto período de años y en un ambiente tan desfavorable como el signado por la agresiva decadencia del poder imperial? Es obvio que pueden darse importantes pasos en lo inmediato, pero la cuestión es “calcular con esperanzado realismo y sin abandonar para nada los ideales cuánto es lo que se puede avanzar en la correlación de fuerzas que define los marcos de lo posible para gobiernos como el de Bolivia y Ecuador”. Aclara el autor que es imprescindible no confundir el realismo para dar pasos firmes, con el posibilismo (derrotismo y resignación) y el utopismo.

Por otra parte, en el “Manifiesto de la Isla del Sol”, al igual que en numerosas intervenciones de los dirigentes de los procesos revolucionarios, se ha advertido que el discurso del pachamamismo puede esconder al “capitalismo verde”. Incluso, agrega el vicepresidente boliviano, las visiones radicalizadas de medioambientalistas en Bolivia que pueden conducir a una parálisis económica, muestran un sesgo restaurador y conservador, cómplice de las relaciones de dominación, es decir, funcional a las fuerzas conservadoras que quieren que estos gobiernos progresistas se estanquen, no generen riqueza, con lo cual se produzca un malestar social como caldo de cultivo para el regreso de la derecha, que, una vez en el gobierno, no tendrán problema para arrasar con la naturaleza a su modo y a su servicio. Como cita Biardeau del joven Marx, con una base técnica débil "sólo se socializa la necesidad, y la penuria provocará necesariamente competencias por los artículos necesarios que harán que se regrese al antiguo caos".

En la tensión entre la preservación de la naturaleza y las necesidades humanas, no hay superación sino equilibrio que debe constituirse mediante mecanismos que aseguren la reproducción de la naturaleza, recuperando viejas tradiciones, e implementando nuevos conocimientos científicos. Por otra parte, García Linera asegura que ni el extractivismo ni el no-extractivismo ni el industrialismo son una vacuna contra la injusticia, la explotación y la desigualdad. Los críticos del extractivismo confunden el sistema técnico con el modo de producción, y sobre esa confusión asocian extractivismo con capitalismo, olvidando que hay sociedades no-extractivistas, bajo la forma de industriales, plenamente capitalistas. Ciertamente en el extractivismo se condensa toda una distribución territorial colonial de la división del trabajo mundial.

De esta manera, el rol que el capitalismo como sistema de explotación global le otorgó a la periferia creando las economías dependientes y, por lo tanto, insuficientes para un desarrollo autónomo –en complicidad con las elites locales que se enriquecían- constituye la realidad de la cual se debe partir para generar los cambios en el patrón productivo que, a su vez, generen las condiciones

necesarias para salir del cuello de botella en que nos entrapa esa dependencia. Dependencia que presenta variados aspectos, entre ellos el tecnológico. Su ruptura depende del grado de complementariedad que se logre constituir entre las economías nuestroamericanas en base a proyectos alternativos de sociedades y su integración. No puede salirse de la extracción de recursos en lo inmediato como palanca de generación de riqueza, ni se puede salir del trabajo alienado con hambre y miseria de pueblo, que implican alienación física directa. No hay socialismo con hambre.

En Ecuador el “Plan Nacional para el Buen Vivir” propone una transición desde una economía primario exportadora a otra basada en la producción de servicios ecoturísticos y bioconocimiento que se mide en décadas. Con lo cual habrá un período más o menos prolongado de coexistencia de la vieja organización económica (que sustenta los recursos de que dispone el estado para su propio sostenimiento, y para financiar el costoso y complicado proceso de transición hacia una nueva economía y una nueva sociabilidad, congruente con las estipulaciones del *sumak kawsay*) con el nuevo ordenamiento económico “pos-extractivista”.

Constituye el tema urgente de los gobiernos conducir los equilibrios entre la necesidad de desarrollo, y los cambios económicos, políticos y sociales necesarios para la democratización.

Muchos critican también algunas medidas de estos gobiernos para incentivar la inversión extranjera. Sin embargo, hemos visto, ello es necesario para continuar o poner en marcha ramas productivas con altos niveles tecnológicos y con histórica dependencia. Y es necesario si se admite que hay que estar a la altura del desarrollo de las fuerzas productivas a nivel mundial. Al menos intentarlo o generar productos para el intercambio, porque no se puede volver para atrás. ¿Los pueblos quieren vivir sin computadoras ni celulares? Para lo que se necesitan satélites. ¿O sin autos o transporte público de calidad? para lo que se necesita explorar e invertir en energía. El conocimiento científico y saber tecnológico es patrimonio de la humanidad, su resultado es acumulación histórica de la humanidad en sus 5 continentes. De sus luchas, contradicciones y treguas. De la competencia interburguesa, sí. Pero de lo/as millones de trabajadore/as que han encarnado esos esfuerzos productivos. En ese sentido, no podemos recluirnos en saberes ancestrales. Sobre el respeto a esos saberes, debemos incorporar el conocimiento y tecnología y disputarlos desde su construcción para el bienestar de los pueblos y no de la tasa de ganancia como es hasta ahora. Pero siendo realistas, aunque muchos desestimen eso. Los que hoy detentan esos saberes científicos y tecnológicos y poseen los recursos de todo tipo para implementarlos, son grandes empresas con apoyo de sus estados nacionales, el entramado complejo de los protagonistas monopólicos del imperio. Sin embargo, en base a sus propias contradicciones, competencias y necesidades de permanente adquisición de ganancias pueden ser utilizados para nuestros proyectos, siempre y cuando el gobierno al mando de las fuerzas

populares retenga el control estratégico sobre el proceso productivo en todas sus fases. En Cuba han reconocido esa necesidad hace tiempo y se han volcado a la constitución de empresas mixtas en las que el estado retiene el 51% de la propiedad y con ello se asegura el control, aunque dicha iniciativa, paradójicamente, es muy reducida debido al bloqueo que impide la entrada de capitales por parte del imperio. Justamente la debilidad cubana no es política, sino el bajo desarrollo de sus fuerzas productivas sumado al y profundizado por el bloqueo. Y ello ha generado la necesidad de dejar entrar y hacer reformas capitalistas que traen divisas al país, porque esa dependencia tecnológica, que al igual que en los otros casos, es el histórico cuello de botella de los intentos de desarrollo nacional independiente que hemos ensayado a lo largo de la poscolonialidad, es el gran obstáculo.

En Venezuela se implementó algo similar en las empresas petrolíferas de la Faja del Orinoco con la creación de empresas mixtas con una participación pública mínima del 60%. En Bolivia la cuestión es reconocida y planteada como una meta de la “Agenda Patriótica” para el 2025, para ese entonces se afirma que se contará “con mayor inversión extranjera en el marco del fortalecimiento de su economía plural, habiendo logrado que los inversores extranjeros sean socios y no patrones, respetando nuestra soberanía, nuestra madre tierra e invirtiendo las ganancias en nuestro territorio para fortalecer el vivir bien”.

Ahora bien, en Venezuela y en Bolivia los gobiernos han expresado, a través de sus máximos representantes, que son conscientes de que para trascender la lógica del capital es determinante el desarrollo de la propiedad social sobre los factores y medios de producción básicos y estratégicos, o en otras palabras, que para pasar del pos neoliberalismo que estamos comenzando a transitar, con mayor o menor intensidad en América Latina, hacia un tipo de pos capitalismo se debe ir a la conversión de la propiedad estatal en propiedad pública y de la propiedad comunal local en propiedad comunal universal; en ese esquema está anidado el potencial comunista, el potencial socialista, el potencial pos capitalista de lo que hoy se viene haciendo en América Latina.

En la Agenda Patriótica boliviana no se plantean acabar con las relaciones capitalistas de producción y propiedad para el 2025, aunque plantean un desarrollo “sin la dictadura del mercado capitalista”. En concreto se proponen avanzar sobre ellas con otras relaciones, democratizar la economía en sus diversos medios y factores de producción, mediante una fórmula de economía mixta, se promueve la construcción de una economía plural articulando a los sectores público, privado, cooperativo, comunitario y mixto. Y se proponen nacionalizar y estatizar todos los recursos naturales y estratégicos para ese año.

La cuestión es si hay condiciones o no para salir del capitalismo. Cuándo es el momento en que la transición pacífica y democrática se torna resolución concreta

apoyada por la fuerza material si fuera necesario, tal como sucedió en Cuba ya desde el triunfo de la revolución y la ley de reforma agraria, las expropiaciones a las empresas imperialistas y los medios de producción en general y la declaración del carácter socialista de la revolución.

Algunos analistas que se sitúan en la crítica, como Raúl Prada Alcoreza, sostienen que en Bolivia hay condiciones para avanzar en los contenidos y en las formas, porque la derecha más recalcitrante ha sido vencida, sobre todo con el fracaso de sus intentos separatistas. Mientras que según él desde el gobierno en nombre de un supuesto realismo y pragmatismo político consideran conveniente mantenerse en las condicionantes históricas del capitalismo o una de sus variantes.

Es auspicioso el desarrollo de la autocrítica y la consolidación de espacios políticos consecuentes en sus posicionamientos anticapitalistas, siempre y cuando se tenga conciencia de que la unidad es la única posibilidad de supervivencia y redespigue de los procesos revolucionarios e incluso reformistas. En cambio, si prevalecen las orientaciones rupturistas prevalecerá también el camino a la derrota, lo que significa que reasuman el poder del aparato del estado las fuerzas que habían sido desalojadas por estos procesos.

Si hasta ahora en América Latina predominan las estrategias reformistas, claramente en los países con gobiernos progresistas moderados, pero también en Bolivia, Ecuador y Venezuela, con las revoluciones democráticas, pacíficas y ciudadanas dentro del capitalismo, ¿hay, en el caso de los países que adoptan el sendero del socialismo, una fuerza social-política revolucionaria que respalde el pasaje a una lucha armada para defender y profundizar la revolución si fuera necesario? ¿Es suficiente el grado de desarrollo existente de fuerzas productivas y de relaciones de producción para ser la base material de otro proyecto sistémico? Aunque esto último, de seguro que no puede darse en un solo país, y menos en los más pobres, dado que las dependencias son muy grandes.

¿Hubo en Venezuela condiciones específicas que permitieron plantearse en 2006 el pasaje al socialismo? ¿Cuáles fueron los determinantes? Si hasta ahora se avanzó gradual y lentamente, luego de la muerte de Chávez, hay quienes, desde adentro, plantean que están dadas las condiciones para ir a la guerra contra el capital. Y viceversa: el capital se plantea ir a la guerra total contra la revolución bolivariana. ¿Puede la Venezuela bolivariana plantearse en soledad este camino de profundizar la guerra contra el capital y construir en su interior relaciones sociales no alienadas de trabajo y de vida?

La discusión sobre el proceso cubano retoma su actualidad, teniendo en cuenta que aun siendo un país atrasado y dependiente, esa revolución comunista tuvo

lugar en otro contexto mundial con el contrapeso de la URSS que planteaba la posibilidad de otros términos de intercambio. Y, además, los cubanos contaron con la existencia de una fuerza revolucionaria con su brazo militar. Este tema está tratado en un interesante artículo de Antonio Aponte, en el que afirma, al igual que rescata Biarreau, que la clave del proceso cubano, de la mano del pensamiento Guevariano, es la capacidad de la conciencia de dirigir el desarrollo de las fuerzas productivas, lo que hace posible el Socialismo en países de poco desarrollo. Camino que, agregamos, se transitó y se transita con no pocos problemas, obstáculos, avances y retrocesos, que redundan en un estancamiento de sus fuerzas productivas. Recordemos al respecto el fuerte debate que ya daba el Che en los comienzos de la Revolución acerca de la necesidad del incentivo moral por sobre el material en la producción.

Para Aponte, en Venezuela se vive un momento de definiciones que hace necesario un foco de irradiación de la conciencia socialista, de la fraternidad al resto de la nación. Como lo fue la Sierra Maestra para la Revolución Cubana, en condiciones de guerra, para la Revolución Bolivariana, que es pacífica, el foco de irradiación de conciencia, de eficacia, de ejemplo socialista es lo que Maduro definió como “Zona Socialista” en mayo de 2013, constituido por las grandes industrias estatales (estatizadas o creadas por el estado), desde allí se debe expandir en todos los terrenos la nueva relación humana. Aunque esto puede verse dificultado por la delicada situación que plantea la “rebelión de los ricos”, ya sea por la vía armada cuando encuentra la oportunidad, o mediante la movilización callejera, o la forma que toma más recientemente mediante la intensificación de la guerra económica. Esta última ha generado sin duda un retroceso en la calidad de vida alcanzado por el pueblo, lo que afecta la base de legitimidad del proceso revolucionario. Sin embargo, existe conciencia popular de que no son las condiciones de miseria en que estaba sumida la mayoría de la población venezolana hasta fines de los 90.

Por otra parte, nos preguntamos hasta qué punto las fuerzas armadas actuales, aunque se subordinen a los presidentes, están dispuestas a defender los procesos de cambio con las armas y no se van a pasar del otro lado, teniendo en cuenta que no han cambiado de raíz su estructura, incluso aunque algunos altos mandos se pronuncien como antiimperialistas, anticolonialistas y hasta anticapitalistas.

En el Programa de la Patria, Chávez expresa de manera muy clara la necesidad central de aceitar y fortalecer la defensa militar del proyecto. Con una concepción muy firme nuestroamericana propone ampliar el poderío militar para la defensa de la Patria, fortaleciendo la industria militar venezolana, y profundizando la nueva doctrina militar bolivariana de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, bajo los ideales Bolivarianos de Integración, Soberanía, Independencia, partiendo del concepto de guerra popular prolongada. Este último refiere históricamente a la estrategia de preparar a la población para formas de lucha convencional y no convencional para la defensa de la revolución. También Chávez propone

fortalecer e incrementar la incorporación de más compatriotas a la Milicia Nacional Bolivariana y Milicia Territorial, y fomentar e incrementar la creación de los Cuerpos Combatientes en todas las estructuras del Estado Venezolano para garantizar la participación del pueblo que asegure la lucha en cualquier circunstancia, por adversas que estas sean. De todas formas constituyen tareas por hacer, y en todo caso, debemos estudiar qué grado de realidad presentan hoy.

Pareciera que en Venezuela, desde hace un tiempo ya, un amplio espectro político del campo popular y chavista, desde el ala izquierda del PSUV hasta el propio Hugo Chávez en variadas intervenciones y documentos que dejara, consideran que “ya es el tiempo” y que la correlación de fuerzas está dada para profundizar el camino al socialismo. Pero también sabemos desde Marx, Engels, Lenin, etc., y por la experiencia y demostración histórica con Allende y muchas otras, que las vías pacíficas de transformación revolucionaria de la sociedad o de profundizaciones democráticas tocan un techo infranqueable que marca el comienzo de la guerra civil que opone el capital y sus personificaciones militares, políticas y económicas contra estas experiencias, lo que ya vienen intentando cada vez con más asiduidad en Venezuela.

¿Hasta cuándo nos dejarán ganar elecciones? y ¿hasta cuándo las ganaremos? Hemos vivido con nervios el ajustado triunfo chavista en las últimas elecciones presidenciales, luego mejoraron las perspectivas en las municipales de diciembre de 2013, y hoy no se sabe muy bien cuál sería el resultado si las hubiera. ¿Qué pasará con todos los avances de la construcción socialista o reformista si perdemos las elecciones a manos de la derecha? ¿Cómo defenderlos? Ya se ensaya la consolidación de la contrarrevolución en América Latina con la Alianza del Pacífico (un nuevo ALCA) y con Colombia negociando su entrada a la OTAN, o, por lo menos, firmando acuerdos de cooperación.

Chávez dice al respecto en el Programa de la Patria: “nosotros estamos obligados a traspasar la barrera del no retorno, a hacer irreversible el tránsito hacia el socialismo”. Lxs militantes, intelectuales, referentes y dirigentes sociales y políticxs que en Venezuela afirman que “ahora es cuando”, lo hacen en sintonía con un proceso pacífico. Es decir que no apelan al camino cubano ni de otras revoluciones históricas, sino a la transición pacífica, en desarrollo continuo pero gradual, sin prisa pero sin pausa. Los elementos centrales a desarrollar para hacer irreversible la transición al socialismo según Chávez son: desarrollar el Poder Popular mediante la conformación de Consejos de Trabajadores y Trabajadoras en las empresas de propiedad social indirecta y directa y desarrollar instancias de coordinación entre ellos y los Consejos Comunales, lo que apunta a incentivar la profundización de la participación popular en todos los ámbitos como estratégica y única garantía de irreversibilidad de los logros sociales conquistados. Se refiere tanto en las Misiones Sociales, Socialistas, como en los nuevos ámbitos de producción socialistas, como en las milicias populares para la defensa de la revolución, como en las organizaciones sociales

y políticas y en los diferentes ámbitos comunales con orientación socialista. Es decir que plantea la restitución del poder, que tenía secuestrado la oligarquía, al pueblo con un plan sistemático de desarrollo de institucionalidad revolucionaria paralela, e insiste en la importancia también estratégica de la concientización y formación política para el poder popular.

Pero, por un lado, se considera el momento adecuado para la profundización y para dar el “golpe de timón” hacia el socialismo y, por otro, se estuvo a punto de perder las elecciones. De manera que en parte nos encontramos en el dilema de impedir que retomen la iniciativa las fuerzas retrogradadas, en un marco en el cual gozan de libertad para hacerlo por la envoltura democrática liberal de estos procesos. Y eso aún más para los países con procesos políticos moderados.

En términos de García Linera, podríamos decir que en Venezuela se ha llegado a otro punto de bifurcación, a un momento de confrontación desnuda o de medición de fuerzas, donde la política se define como un hecho de fuerza. En términos de Gramsci, al momento de las relaciones de fuerzas militares.

¿Cuáles son los proyectos en pugna, cómo debería ser la transición a otros tipos de formación social en la actual fase capitalista de desarrollo con descomposición? Teniendo en cuenta de que se trata de países de capitalismo rentístico, poco diversificados aún y, por lo tanto, con importantes grados de dependencia y atraso. En el centro de la cuestión está cada vez más en juego salvar a la especie humana. Ya lo declaraba Fidel Castro en la conferencia sobre medio ambiente y desarrollo en Río de Janeiro en 1992. Y está muy presente en las constituciones y concepciones sobre el Buen Vivir, y en el Plan Socialista de la Patria de Chávez.

Esa es la esencia que retoman las concepciones del Buen Vivir. Como relata Katu Arkonada, la Constitución Política del Estado Boliviano, aprobada en referéndum popular en enero de 2009, coloca el horizonte del Vivir Bien como una forma de buscar un equilibrio entre el derecho al desarrollo de un país saqueado y colonizado por 500 años y los derechos de la Madre Tierra. Significa vivir en complementariedad, en armonía y equilibrio con la Madre Tierra y las sociedades, en equidad y solidaridad y eliminando las desigualdades y los mecanismos de dominación.

En Venezuela se ha tomado la idea del buen vivir, pero con más frecuencia afirman que la alternativa es impulsar el socialismo como única opción frente al modelo depredador e insostenible capitalista (Programa de la Patria). Aunque también el socialismo del siglo XXI es un concepto que está en construcción y disputa. Según Jorge Giordani, ahora exministro de Planificación y Finanzas, se debe salir del capitalismo rentista petrolero para construir el socialismo

productivo venezolano, pero existen dos grandes riesgos y dos opciones que compiten: el socialismo productivo venezolano versus el socialismo rentístico venezolano.

Para comenzar a construir la primera opción, Chávez, en el “Programa de la Patria”, propone plasmar el control efectivo de las actividades conexas y estratégicas asociadas a la cadena industrial de explotación de los recursos hidrocarburíferos, es decir, de todas las cadenas productivas de gas, petróleo y minería. A la vez que considera estratégico elevar la conciencia política e ideológica del pueblo y de los trabajadores petroleros y mineros, así como también su participación activa en la defensa de los recursos naturales de la Nación.

“El Estado -afirma el Comandante- debe ser diseñado de manera que la administración de ese ingreso nacional sirva a los objetivos de apalancamiento de la nueva sociedad. Para garantizar una política nacional, popular y revolucionaria, entonces, debemos poner la renta petrolera al servicio del pueblo”. Al tiempo que se deben establecer mecanismos para ejercer la nueva institucionalidad revolucionaria que garantice la participación de los pequeños y medianos productores en las decisiones en materia agropecuaria, a través de los consejos campesinos y las redes de productores y productoras libres y asociados. Encontramos importantes similitudes con el planteo estratégico de G. Linera para Bolivia.

Se trata, entonces, de impulsar y consolidar una economía productiva, redistributiva, post-rentista, post-capitalista sobre la base de un amplio sustento público, social y colectivo de la propiedad sobre los medios de producción. Y en esta aparente tensión entre la necesidad de la planificación y conducción estatal -para hacer que funcione con continuidad ese núcleo central de la economía que es la producción hidrocarburífera- con la democratización creciente de ese y todos los ámbitos económicos y políticos, en el documento se establece la necesidad de sincronizar la planificación centralizada con la socializada. Una dialéctica conscientemente impulsada para construir el socialismo. Y que empalma con el objetivo de diferenciarse de algunas experiencias socialistas del siglo XX, generando amplios espacios de participación democrática socialista. En este sentido, Chávez adopta el principio zapatista, al igual que Evo Morales, del “mandar obedeciendo” como concepción del poder para el nuevo estado socialista, como una construcción colectiva.

Esto último aparece en Venezuela como otra de las grandes trabas, dado ese “sustitucionismo” al que se refería Biardieau, que remite a la obstinada persistencia del estado burocrático burgués corrupto, ineficiente y muchas veces boicoteador de las mismas políticas estatales, del cual son conscientes los dirigentes de la revolución e incentivan desde el discurso la expansión y

profundización de los ámbitos de poder popular como único antídoto. Sin embargo es difícil constatar la aplicación efectiva y avance de ese poder popular en el marco de la crisis económica y política que obliga a atender prioridades y pone a los procesos a la defensiva. Tal como ha sucedido en numerosos procesos revolucionarios en la historia, muchos de los cuales terminaron fracasando. En tanto otros se mantienen gracias a la dureza de determinadas decisiones políticas y económicas que incluyen la flexibilización o rectificación de criterios en las diferentes coyunturas nacionales e internacionales.

Todos estos elementos forman parte de un camino pacífico de transformaciones, aunque no se descuida el elemento militar en el programa. Sería necesaria esta estrategia pacífica y gradual al menos hasta que puedan desencadenarse procesos revolucionarios en el centro del capitalismo mundial, en los países desarrollados que pongan en cuestión real al sistema. La estrategia es extender e irradiar experiencias socialistas, e ir cercando al capitalismo. García Linera afirma que los pueblos del mundo deben apoyarse entre sí y aislar las estructuras políticas y económicas del capitalismo para alcanzar el socialismo, que en cada país tomará una forma diferente. "La revolución tiene que irradiarse, respetando las particularidades culturales de cada pueblo. La única manera de aislar al capitalismo es irradiando, expandiendo, apoyando todo proceso de lucha revolucionaria". Pasar de experiencias comunitarias, socialistas, solidarias aisladas o cercadas por el mar de capitalismo, como decía Chávez en "Golpe de timón", a nudos capitalistas aislados y cercados por el tumultuoso mar de experiencias socialistas. Pero sabemos por experiencia histórica que difícilmente este proceso pueda darse en "paz".

Veremos qué sucede cuando las reformas toquen el límite de lo que la clase dominante planetaria esté dispuesta a soportar y ceder. Ahora no reaccionan mediante el ataque militar directo porque la relación de fuerzas favorables a los gobiernos populares no se los permite, aunque inyectan dosis de violencia e incluso entrenan en técnicas de guerra (civil) de "baja intensidad" a, por ejemplo, "estudiantes" de derecha en Venezuela, como señala Modesto Guerrero. Sabemos que no tienen reparos morales en avanzar con lo que consideren necesario cuando así lo consideren. Es tan crucial por ello el fortalecimiento de la conciencia y valoración de lo alcanzado, de la necesidad de luchar por más, de ampliar la base popular de los procesos revolucionarios y reformistas y de la necesidad de la defensa -con todo lo que ello implica- de estos procesos, que necesitarán de toda la solidaridad de los pueblos latinoamericanos y del mundo.

Si bien en los destacamentos más avanzados de América Latina se define la necesidad de avanzar en la propiedad social de los medios de producción, no se proclama su inmediata expropiación. Sólo de aquellos considerados estratégicos y básicos, sendero en el que Venezuela ha ido un poco más allá avanzando en mayor cantidad de ramas productivas, seguido por Bolivia. Pero que, en tanto aspecto central del pasaje a una formación social anticapitalista, solo podrá

alcanzarse con la multiplicación planetaria de experiencias revolucionarias, sobre todo en los núcleos duros de la producción capitalista.

Biardeau lo expresa con todas las letras: “Hay que decirlo alto y claro: se avanza en la construcción de una transición post-capitalista paso a paso, a escala nacional, pero una radical socialización-democratización del poder social, político, económico, cultural, ideológico y militar se torna problemática si la situación regional y mundial permanece invariablemente como contexto global capitalista”.

Es el retorno actualizado del dilema del socialismo en un solo país: “es cierto que se avanza hacia regímenes políticos, sociales y económicos con mayor democracia y justicia social, más igualitarios sin duda; se avanza en mayor grado de independencia y autodeterminación en el contexto de la construcción de Bloques Regionales de Poder, que pueden llegar a afectar la geo-estrategia imperial dominante, pero no hay que perder de vista que una revolución socialista plenamente consolidada sólo es viable en el marco de una transformación estructural de alcance mundial” afirma Biardeau.

En las políticas venezolanas, que son vanguardia en el apuntalamiento de la unidad de la Patria Grande Latinoamericana, se evidencia la preocupación de la dirigencia gubernamental por esta cuestión. Un entendimiento muy claro de que no se concretará el tránsito al socialismo sin la extensión y multiplicación de la revolución. Así como dentro de Venezuela el Comandante ponía de relevancia que no hay construcción de socialismo con consejos comunales y fábricas socialistas aisladas rodeadas por un mar de capitalismo, lo mismo comprende y expresa para la totalidad de la Venezuela revolucionaria. Pero esa transición que obedece a un modelo de revolución democrática y pacífica no pretende la expropiación violenta de los medios de producción capitalista, sino que propone una extensión geométrica en todos los ámbitos de la vida de las relaciones socialistas (de producción, políticas, culturales, ecológicas, recreativas) pero en convivencia con las relaciones capitalistas. Arrinconarlas a fuerza de los hechos y la vida social que debe ir reemplazándola.

La propuesta de Chávez es avanzar en todos los frentes. La dialéctica entre la política y la economía, entre la necesidad y la libertad. No hay una sin la otra; no hay libertad sin resolución de la necesidad y no hay necesidades resueltas de manera duradera, planificada, real, estable, democrática, sin libertad de organización, expresión y poder popular. A la vez que no hay tal democracia ni poder popular sin una férrea defensa (política -no exenta de la crítica-, cultural, ideológica, militar) del proceso de cambios.

Para Biardeau más que la construcción de una economía socialista, lo que ocurre en una “fortaleza asediada” es la construcción de una economía para soportar las condiciones de una guerra o un asedio internacional.

Es lo que ocurrió con Cuba durante años. Una fortaleza que ahora cuenta con nuevos aliados. Por ello es preciso construir no sólo el socialismo en una nación, sino un bloque regional de poder que permita evitar el aislamiento económico, político, tecnológico y militar. Aprovechando siempre los intersticios que ofrece las disputas de capitales a nivel internacional, como por ejemplo el establecimiento de alianzas comerciales -que deberían ser sumamente coyunturales- con los capitales chinos. Para este autor, sin embargo en Venezuela “habrá quizás ‘gobierno popular y socialista’, pero transición anti-capitalista, por ahora no se ve ni se siente. En ese marasmo ideológico-político, avanzan las fuerzas de la reacción”.

Otro camino sería, para Biardeau, el trayecto de las socialdemocracias occidentales, lo cual implica negociar “los términos y alcances del gobierno socialista” con los intereses del medio capitalista, intentando construir formas de economía mixta de bienestar, sin romper con la lógica del capital. Este último pareciera ser el recorrido de los países más moderados -que se plantean más bien un “capitalismo serio”, como el caso de Argentina- que, de todas formas, son estratégicos en su continuidad (ya que los que vendrán, si caen, no estarán a la izquierda) dado que son aliados y sostén internacional de los gobiernos más revolucionarios de Venezuela, Bolivia y Ecuador (y también de Cuba), lo que se ha comprobado al momento de los intentos fracasados de golpe en aquellos países y los terribles éxitos de golpes institucionales en Paraguay y Honduras.

Si para algunas organizaciones o dirigentes sociales y políticos populares, los gobiernos que ocupan Caracas, Quito y La Paz se convierten en los enemigos a vencer, -como dice Boron: a menudo en estrecha asociación con organizaciones abierta o veladamente instrumentales a la política imperialista en la región- mucho más lo son los gobiernos moderados a los que directamente consideran como la continuidad o que son lo mismo que los neoliberales. Sin embargo, basta ver la virulencia con que los atacan desde las oligarquías, desde los grupos de poder más concentrados, los monopolios de la comunicación y las derechas políticas, para darse cuenta que, al menos, no encarnan su proyecto, y más bien los molestan y perjudican en sus cuotas de acumulación y dominación ideológica, lo que es una buena noticia para los pueblos.

Con ello se plantea el dilema para aquellas organizaciones que se plantean ir más allá de un reformismo burgués (proyecto de país independiente y soberano con redistribución de la riqueza dentro del capitalismo), acerca de si construir “desde adentro” con todas las críticas y luchas que deban darse, o desde afuera. Tal como se debatía en las experiencias nacionales y populares de los años '40

y '50. El punto es cuál de las dos posturas favorece a la acumulación de fuerza para el pueblo, y a la realización de sus intereses aunque sean los más inmediatos. Es decir, cuáles alineamientos propician el terreno para avanzar y afianzar las fuerzas populares que permitan en algún momento -de claudicar estos gobiernos o de sobrevenir la reacción- plantearse con realidad, es decir con fuerza propia, o, mejor dicho, hegemonizando la fuerza social política popular, el pasaje a la lucha anticapitalista. ¿Desde adentro de esa fuerza social política que gobierna o desde afuera? Si fuese la segunda opción, ¿cuales alineamientos se producen objetiva y subjetivamente? ¿Afianzan el poder de la clase obrera y del pueblo? ¿Qué fracciones sociales acaudillan o dirigen esas fuerzas opositoras?

Hemos revisado algunos elementos que remiten al pasaje de la lucha por la liberación nacional a la de liberación social, aunque históricamente se han dado de manera imbricada y ha habido elementos de las dos, ha predominado uno u otro carácter. Actualmente se debate en algunos territorios cuál carácter debe predominar. Retornan las mismas preguntas que se reactualizan en cada oleada histórica de ascenso de las luchas populares: si hay condiciones para superar el capitalismo o se debe y puede reconstituir países independientes con desarrollo capitalista inclusivo o redistributivo, un capitalismo renano, en el marco de una fase en que el sistema ha entrado en su descomposición, que no significa para nada su eminente final.

El mapa político latinoamericano aparece hoy dividido en tres, con algunas nebulosas: países moderados con proyectos nacionalistas, con elementos antiimperialistas, de profundización democrática de las instituciones, de las leyes y reconocimiento avanzado de derechos políticos, culturales, de género y económicos, o, en otras palabras, de ampliación de la ciudadanía (también con importantes limitaciones). Por otra parte, proyectos que avanzan en la senda del anticapitalismo ensayando caminos, con grandes avances y retrocesos, plagados de obstáculos internos y externos, pero avanzando y debatiendo mejores caminos para la humanidad. La importancia geopolítica de los primeros como colchón y sostén de los segundos y de Cuba, queda plasmada frente al tercer y antagónico grupo que expresa la derecha en los gobiernos y a la gran burguesía, y las derechas que intentan rearmarse en las oposiciones y a nivel regional (Alianza del Pacífico).

Por ahora, en el gran partido nuestroamericano la balanza parece inclinarse a favor de los pueblos, aunque hemos perdido algunos jugadores e incluso las clases dominantes, ofuscadas ante tanto pueblo protagonista, libran sus luchas también en las calles. Sin embargo, algunos elementos endógenos críticos hacen tambalear los resultados: la imposibilidad de avanzar en la expropiación de los medios de producción en aquellos territorios más avanzados, porque no lo permite la correlación de fuerzas políticas internas y menos las internacionales, lo que conlleva a la convivencia con el gran capital concentrado y monopólico al interior de los procesos de transición al socialismo. Al tiempo

que las construcciones de estatalidad paralela popular conviven con el viejo estado “corrupto y podrido”, y lo más delicado, el modo de elegir autoridades gubernamentales que es un arma de doble filo, en tanto que permitió la llegada de estas fuerzas social-políticas populares a los gobiernos de los estados, con amplias bases de legitimidad, desde adentro del sistema institucional, pero que puede tornarse la vía de salida de los mismos, si pesara la contrarrevolución ideológica en la batalla de ideas que se libra.

Pero debemos rescatar con conciencia histórica que estamos en esa batalla estratégica que libraba Cuba en soledad durante muchos años. Durante la oscuridad neoliberal, sumidos en la tragedia de la historia, el socialismo parecía una utopía pasada o lejana. Discutíamos como frenar y sumar voluntades para frenar los despidos, las reducciones salariales, como conseguir comida para las ollas populares, como zafar de los planes restrictivos de “modernización” según el banco mundial para las universidades, y la educación en general, cómo difundir la deslegitimidad de la deuda externa, entre otras cosas. Hoy estamos discutiendo cómo transitar al socialismo en importantes territorios de Nuestra América, cómo construirlo, los desafíos y problemas concretos que aparecen, cómo profundizar la unidad latinoamericana. Seamos conscientes de ello. Como afirma García Linera: “nunca antes se había dado esta sincronidad de gobiernos progresistas, revolucionarios y sociedades civiles despiertas. Algunos dirán ¿tiene sus límites esto? Unos son más progresistas otros son más revolucionarios, pero no importa tienes un continente que se ha adelantado al mundo. Mientras en Europa y en EEUU estamos discutiendo cómo le ponemos parches a un régimen neoliberal que se cae a pedazos y que está en su proceso de degradación interna, acá estamos pensando cosas más allá. (...) En términos intelectuales las ideas más sugerentes de cómo construir una civilización que vaya más allá del capitalismo, están emergiendo de América Latina”.

En sí mismo es un gran avance conquistado por las luchas populares: de las luchas contra el hambre, miseria y desocupación, y de un gran desamparo y abandono social, se pasa a discutir qué modelos de sociedad y desarrollo queremos. No porque haya desaparecido el hambre, pero se redujo en proporciones considerables. En los ámbitos gubernamentales de algunos de nuestros países se ha pasado de festejar el fin de la historia con la absoluta frivolidad de la elite política, a debatir el marxismo en los mismos palacios de gobierno, las estrategias de transición al socialismo, el antiimperialismo.

Pero aquellas preguntas que se abren y reabren permanentemente para quienes nos posicionamos desde los intereses populares, sólo podrán ser contestadas por la alquimia de la praxis dialéctica de la historia: es decir de la lucha de clases. Y sobre aquella acerca de cuándo están dadas las condiciones para avanzar. Sabemos que no hay ni destinos escritos, ni libros de recetas, sino la posibilidad y necesidad de lectura de la historia e interpretación del presente. No contamos con un observador suprahumano que nos diga en qué punto estamos parados de esa serie infinita de paralelogramos de fuerzas que, explicaba Engels, dan

origen a una resultante: el hecho histórico. Ni sabemos para dónde disparará el vector de la historia. Sino que, inventar y tal vez errar, es la única opción habiendo estudiado, debatido y calculado estratégicamente las posibilidades. No censuremos ni el estudio, ni el conocimiento, ni el debate: profundicémoslo... porque el vector de la historia, aunque no lo veamos, se mueve en alguna dirección fruto de las luchas que se libran.

Febrero de 2015.